

En Jerez.	Fuera
Un mes 8 rs.	Un trimestre 27 rs.
Un año 90.	Un año 100.
ANUNCIOS, a precios convencionales.	
Redacción y Administración,	
Compás, 2.	

AÑO XXX.

**El Guadalete.**

INGENIOSO!

Lo es el artículo que publica el *Globo* llegado ayer, demostrando, desde su punto de vista, que el señor Sagasta tiene mayor importancia política que el Sr. Cánovas en el turno pacífico de los partidos que reconocen la monarquía de D. Alfonso. Como entre nosotros los jerezanos cuenta el jefe de los constitucionales bastantes adictos, y como hay un gran fondo de verdad en las apreciaciones del *Globo*, sobre el papel que les está reservado a los llamados conservadores en la gobernación del país, copiamos a continuación lo más sustancial del artículo del colega, seguros de que han de leerlo con interés nuestros suscriptores:

«No hemos sostenido nunca que los partidos conservadores debieran estar excluidos del gobierno, y aun cuando el que acudilla el señor Cánovas no merezca ese nombre, y le cuadre mejor el de partido racionalista, concedemos el buen grado, que, dada la institución monárquica, podría llegar aquí momento oportuno para que fuese llamado al poder, si no con aplauso, con asentimiento de la mayoría del país. Pero tuvo la desgracia el señor Cánovas del Castillo, de encontrarse en el campo de la monarquía un adversario, que sin reunir sus dotes de orador, de hombre científico y de escritor académico, se supera en instinto político, y está más identificado con el espíritu y con las ideas y tendencias de los tiempos. Este adversario del señor Cánovas, se llama don Práxedes Mateo Sagasta.

Conocemos bastante al señor Cánovas del Castillo, para que creamos necesario hacer aquí una salvedad. El presidente del Ateneo y del Consejo de ministros, el académico de la de Ciencias, de la España y de la Historia, el ilustre orador y el discutido escritor y público, es muy posible que tome a ofensa en su soberbia, que nos atreviéramos a establecer comparación entre su singular personalidad y la del digno jefe del partido fusionista, que no puede ostentar ninguno de esos extraordinarios títulos. Pero no lo tome a mal el señor Cánovas; con perfecta buena fe, y sin deseo de molestarle, lo decimos: puestos todos sus méritos en un platillo de la balanza donde se pesan los de los hombres de Estado y de gobierno, y colocando en el otro el recto sentido del señor Sagasta, de este lado habrá de inclinarse con escusivo peso.

Concedemos bastante al señor Cánovas del Castillo, para que creamos necesario hacer aquí una salvedad. El presidente del Ateneo y del Consejo de ministros, el académico de la de Ciencias, de la España y de la Historia, el ilustre orador y el discutido escritor y público, es muy pos-

ible que tome a ofensa en su soberbia, que nos atreviéramos a establecer comparación entre su singular personalidad y la del digno jefe del partido fusionista, que no puede ostentar ninguno de esos extraordinarios títulos. Pero no lo tome a mal el señor Cánovas; con perfecta buena fe, y sin deseo de molestarle, lo decimos: puestos todos sus méritos en un platillo de la balanza donde se pesan los de los hom

**El Guadalete**

PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO.

Jerez de la Frontera: Jueves 7 de Febrero de 1884.

FERRO-CARRILES

DE JEREZ SEVILLA, CÁDIZ Y SANLÚCAR.

De Jerez a Cádiz.	7.30	4.18	1.15
De Cádiz a Sanlúcar.	6.20	10.38	3.15
De Sevilla a Jerez.	7.30	10.55	0.25
Cádiz a Jerez.	5.40	9.25	3.10
Sanlúcar a Jerez.	5.15	9.20	3.10

NUM. 8.554.

Esperamos, pues, del espíritu de imparcialidad que anima a nuestro estimado colega *El Diario de Jerez*, se asocie al honrado propósito del *Dia*, contra el cual ayer hace ciertos distingos, que no nos parecen equitativos.

Recomendamos á nuestros suscriptores el siguiente artículo biográfico que publica *El Dia*:

EL GENERAL GORDON  
Y LA REVOLUCIÓN DEL SUDAN.

Londres 28 Enero 1884.

El gabinete Gladstone, acusado por parte de la prensa inglesa de vacilación y aturdimiento ante la revolución que amenaza trastornar el poderío británico en el África, respondió, como es sabido, a los gritos de los impacientes, con el nombramiento de un jefe, encargado de dirigir las operaciones de defensa del Sudan. Ese jefe es el mayor general Carlos Jorge Gordon, y á la noticia de su nombramiento, los gritos se volvieron hacia él para aclamarle; se le hace ver como el hombre necesario y el único que puede vengar á Hicks-Pacha y sus ocho mil soldados muertos; se pasea en los diarios su figura, eucrasqueta, á la egipcia y las biografías cuentan sus hazañas.

Porque es un héroe hazanoso ese Carlos Gordon, y su heroísmo, probado en luchas cuerpo á cuerpo, en medio de una guerra aventurera y bárbara, seduce á los ingleses que quieren ver en sus héroes algo más que directores impasibles en las batallas.

Salido muy joven de la Academia militar de Woolwich, tomó parte, con el grado de teniente, en la guerra de Crimea, donde su comportamiento le granjó comisiones de importancia en Bessarabia y Armenia. Pero su carrera novelasca no comienza sino con la guerra contra la China. No le bastó asistir, militando, á la rendición de Pekín, con que se abrió para Europa una brecha practicable en aquel país encastillado, sino que permaneció allí interesándose personalmente en las agitaciones intestinas que siguieron á tal acontecimiento. Las revoluciones desgarban la China como ahora desgarran el Egipto. También había allí caudillos profetas. Un maestro de escuela llamado Hungtsue schuen, se había levantado en armas declarando estar inspirado y haber tenido una entrevista con Dios, en que éste le conjuró á destruir el tren del Dragon, nombre piadoso que daba al emperador del Celeste Imperio. Algunos le creyeron loco; pero el loco ostentaba, tras de sí, una cauda de 20,000 sectarios que bien pronto se multiplicaron, organizándose en ejército. De allí

surgió la rebelión que, empezada en 1849, duró hasta después del 55. Rebelión de pillaje y asesinato, escogía sus mejores víctimas en los comerciantes extranjeros. Algunos de los más próximamente amedazados, los de Shanghai, se suscribieron para formar un contingente de defensa, y encoraron el mando á Gordon, que desalojó á los rebeldes de las tres plazas fuertes, Taitsan, Quinsan y Soochow, en que se habían distribuido.

Su valor, su prestigio y la disciplina impuesta en sus hombres por su energía, fueron sus únicas ventajas en esa lucha. Peleaba con chinos contra chinos. Su oficialidad se componía de hombres de todas las naciones; pero sus soldados eran *Tai pings*, naturales del país, vestidos casi todos con túnicas de sarga negra y turbantes verdes. Se le amotinaban con frecuencia. Un día el motín tomó creces extraordinarias, y los convocó, á la inglesa, á una especie de *meeting* campesino, para que expusieran sus causas de descontento. Al primero que habló fuerte lo sacó de entre la multitud con su propia mano, e hizo que dos fieles le fusilaran inmediatamente y á la vista de los amotinados, que no quisieron más satisfacciones... Hé allí al hombre. Cuando otra vez el gobierno imperial de S. M. cesó de enviar dinero y órdenes, que juzgó humillantes, corrió á los embajadores a bastonazos, lo que no le impide ostentar de vez en cuando su *chaqueta amarilla*, insignia de alto honor en China, decretada en favor de él por el gobierno respetivo, que le condecoró también con el título de *Ti-lu*, reservado á los dignatarios de más alto rango en el ejército. Todo ello muy honorífico, en verdad; pero le ha traído un apodo. En Inglaterra no se le llama el general Gordon, sino el *chino Gordon* (*the chinese Gordon*).

Sin embargo, el *chino Gordon* se conserva perfectamente inglés, á pesar del apodo y de la *chaqueta amarilla*. Cuando el gobierno británico cesó de permitir á sus súbditos que militasen bajo el pabellón chino, dejó rango y arcos de triunfo y regresó á la madre patria —á qué?— á gastar en limosnas lo que había ganado y á recoger de la calle chicos infelices á quienes instruía personalmente. Su casa de Gravesend, dice un diario, se convirtió en escuela, pensión y hospital. Un rasgo revelará mejor el carácter: entre sus hijos chinos tenía una medalla de oro con una inscripción. Las personas de su intimidad notaron su desaparición repentina sin saber explicarsela; hasta que algunos años después se descubrió que su dueño le había borrado la inscripción, la había vendido en diez libras exteriores y enviado esta suma, bajo anónimo, al canónigo Miller, para socorro de los que sufrían en Manchester el hambre, originada por la crisis algodonera. Despues de seis años de llevar así una

rida, humillada y emponzoñada poco á poco, por las constantes burlas y el desprecio de los demás hombres, que dotados por el cielo de un exterior más perfecto, no veían á un semejante, en la contrahecha figura del enano, y si solo un ser incalificable, qué solo debía inspirar risa.

Mientras fué niño lo sufrió todo con resignación; pero su rara inteligencia se fué desarrollando, llegó á ser hombre, y comprendió que en el había condiciones para algo más que para servir de mofa á los que valiendo infinitamente menos que él, lo insultaban sin piedad.

Viose obligado á aceptar la guerra injusta que los hombres le declaraban, y entonces despertó en su alma un sentimiento extraño, punzante y poderoso.

Entablóse en ella, una lucha cruel y tenaz, entre el bien y el mal: entre sus buenos y generosos instintos, y el deseo de vengarse de los que sin razón le ultrajaban.

En una palabra, el género humano empezaba á inspirarle odio.

Solo conservaba carino para su madre, á quien adoraba con delirio, y para la familia del alcalde Abo-Dajar, y el esclavo Kader, porque siempre lo habían tratado bien y con afecto.

Tal era el personaje á quien Kader había de-

nominado con el nombre de Alzor, y á quien nosotros hemos bosquejado ligera e incompletamente, solo para ponerlo en contacto con el benévolo lector.

—Qué te trae por aquí á estas horas? pregunta el enano, frotándose los ojos.

—En dónde está tu madre? dijo Kader, sin contestar á la pregunta de Alzor.

—En Granada: contestó éste.

—¡Cómo!!

—Esta mañana fué como de costumbre para vender las frutas, huevos y hortalizas, y aun no ha vuelto.

—Que no ha vuelto?

—No.

—Es extraño!

—No lo creas: generalmente cuando la venta ha sido buena, se queda á pasar la noche en Granada con su pobre padre.

—Es tan viejo y tiene tan pocos goces, que justo es que su hija le proporcione todos aquellos que pueda.

—Pero me dirás cuál es la causa de que tú vengas por aquí?

—Si, dijo Kader; pero entremos: aquí no estamos bien.

—Sea en buena hora, añadió el enano.

oídos no ha llegado ni el toque de alarma ni el ruido de la refriega, y sin embargo, yo he estado sentado á la puerta de la choza hasta muy tarde y la distancia que nos separa del castillo es corta.

—No es fácil que hallas podido apercibirtelo ni de le uno ni de lo otro, porque no ha existido.

Cid-Hiaya ha penetrado en el castillo, silenciosamente y villanamente, y los habitantes de esta comarca, duermen tranquilos, ignorando como tú ignorabas un momento há, la suerte que al despertar les espera.

—Oh! corrámos á despertarlos, y hagámos pa- gar cara, á ese príncipe renegado su traicion.

—Es inútil, amigo mío.

El castillo no puede tomarse con la facilidad que supones, y lo que únicamente conseguiríamos, sería irritar al príncipe, dándole pretestos para ejercer su brutal crujidad con nuestros hermanos.

—Y hemos de dejar sin venganza?

—Eso no; interrumpió Kader, con los ojos inyectados en sangre, y dando á su fisonomía una expresión siniestra.

Cid-Hiaya no escapará de mi venganza, aunque cuando se ocultara en las entrañas de la tierra.

—Tú me ayudarás! —No es cierto, Alzor?





